

Libro|s

Narrativa Entre Lucy Barton y su madre hay una constante: su relación gira en torno al abandono y la ausencia, y son los episodios de sus encuentros los que revelan sus destinos. Es la nueva novela de la ganadora del Pulitzer en el 2009, Elisabeth Strout

Una conciencia infeliz

ROBERT SALADRIGAS

Por el mismo título, *Me llamo Lucy Barton* (2016) se conoce de antemano que la protagonista de la novela es una mujer, la misma que escribe en primera persona. El lector sigue acumulando información desde la frase de inicio: "Hubo una época, hace ya muchos años, en la que tuve que estar en el hospital durante casi nueve semanas. Era en Nueva York y por la noche tenía desde mi cama una vista clara, justo enfrente, del edificio Chrysler...". De manera que la tal Barton reconstruye hoy aquella época lejana en que pasó bastante tiempo interna en un hospital neoyorquino exactamente localizado en el plano urbano. Esa forma de arrancar la narración dice mucho a favor de la inteligencia de la autora y levanta para el lector unos alicientes que no le defraudarán.

Respecto a la autora, Elisabeth Strout (Portland, Maine, 1956), me era familiar por su novela *Olive Kitteridge*, que le valió el Pulitzer en el 2009 y el Premi Llibreter 2010, origen de la estupenda serie del mismo título y en cuatro capítulos interpretada por la actriz Frances McDormand, Richard Jenkins y Bill Murray, soberbia expresión del gótico americano emitida por la HBO.

La vulnerable protagonista, agigantada por el genio de McDormand, es de las que no se borran. Eso hace que uno se interese por la suerte de Lucy Barton, nacida en Amgash, un pueblecito minúsculo de Illinois, casada y con dos hijas pequeñas, durante su larga estanc-

cia en el hospital de Nueva York. Resulta que de pronto, a las tres semanas, apareció -literalmente- su madre sentada al pie de la cama, su madre a la que llevaba años sin ver. En los cinco días siguientes con sus noches las dos mujeres hablan, se cuentan cosas, digamos que se ponen al día, y así sabemos que la infancia de Lucy fue un desastre, su padre dejó de existir para ella y con su hermano y su hermana, una modesta familia de raros, no se relaciona. Entre madre e hija brotan los silencios pero se tienen la una a la otra, está claro que se necesitan.

Tras los cinco días Lucy sufre una brusca recaída pese a los cuidados de su médico, un judío encantador, y la madre decide regresar a Amgash. No volverán a verse hasta nueve años después, en una sola ocasión. Mientras, Lucy Barton nos cuenta que se casó con un joven de origen alemán -causa del repudio de sus padres-, fijaron la residencia en Nueva York, mucho más tarde se divorciarán y ella contraerá de nuevo matrimonio, conocerá a una escritora, Sarah Payne, cuyo contacto la llevará a intentar escribir la historia que estamos leyendo, es decir, partes -episodios- de su historia.

De esa manera veremos que la vida de Lucy Barton, a través del impecable relato que articula de sí misma, es la imagen de una criatura aturrida por la soledad y los miedos, prácticamente incomunicada con el exterior -padres, hermanos, maridos, hijas, amigos, alguno de ellos como Jeremy, su vecino gay del West Village, recu-



Strout tiene seis novelas publicadas, una de ellas, 'Olive Kitteridge', la que le valió el Pulitzer en el 2009, dio pie a la serie de mismo nombre protagonizada por Frances McDormand

falsa sencillez literaria

Aunque pienso que Elisabeth Strout, antigua profesora de escritura creativa en la Universidad de Colgate (Madison, Nueva York), es una eficaz constructora de elementos que sostienen andamiajes narrativos más complejos de los que aparentan -la prueba está en la falsa sencillez de *Me llamo Lucy Barton*-, su escritura produce una extraña sensación de materia muy concienzudamente elaborada. Dicho de otra manera, las lúcidas reflexiones de Lucy sobre su condición de mujer hecha a sí misma parecen más implacables cuando se intuye en ellas un trasfondo intelectual. Y es que quizá convenga tener presente que Elisabeth Strout, hija de un profesor de ciencias

y una maestra de primaria, estudió un año en Oxford (Gran Bretaña) y luego se licenció en leyes por la Universidad de Syracuse.

Strout llegó a la narrativa para indagar -al principio con un estilo cercano al realismo pero luego abriéndose a formas de expresión que incorporan elementos de otros géneros- en la difícil relación de un personaje dramático, pongamos que una mujer asfixiada por la ternura, con su medio natural y familiar. El resultado fueron los diferentes estratos que conformaron el carácter angular de *Olive Kitteridge*. Y ahora llega Lucy Barton. Ambas rebasan la temporalidad por la sabiduría de Strout. Es su mérito.

press reader

Printed and distributed by PressReader
PressReader.com - +1 888 278 6664
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW



LEONARDO CENDAMO

perado después de muerto-, víctima de la algarabía de una conciencia irrevocablemente infeliz.

En este punto quiero resaltar lo que me parece brillante. En *Me llamo Lucy Barton* el talento de Elisabeth Strout refulge no en la historia de Lucy determinada por el paisaje vital y humano que la rodea ni en la estructura del relato, sino en el peso y la densidad de las cosas que la protagonista-narradora no cuenta. La misma Lucy observa de Sarah Payne: "Me gustan los libros que escribió, pero no puedo evitar la sensación de que rehúye algo". Es cierto: ahí, en lo no dicho, la novela desborda sus límites y diría que se completa. Invita, creo, a otra lectura. |

Elisabeth Strout

Me llamo Lucy Barton / Em dic Lucy Barton
DUOMO / EDICIONS DE 1984. TRADUCCIÓN AL CASTELLANO: FLORA CASAS / AL CATALÁN: ESTHER TALLADA.
178 / 215 PÁGINAS. 16,80 EUROS

Biografía Sexto volumen de 'Memorias de ficción'; un libro lleno de estímulos donde caminamos junto al exministro de Cultura para visitar museos, iglesias o ruinas arqueológicas mientras se interroga por el significado de las cosas

Sosiego y desasosiego



César Antonio Molina

ALEX GARCIA

J.A. MASOLIVER RÓDENAS

César Antonio Molina (A Coruña, 1952) es uno de los últimos vestigios del humanismo y gracias a él recuperamos lo más vivo de las culturas de todas las épocas. Poeta, ensayista, crítico y gestor cultural, es licenciado en Derecho, doctor en Ciencias de la Información y profesor de Humanidades, Comunicación y Documentación de la Universidad Carlos III. Ha sido director del suplemento literario *Culturas de Diario 16* y es autor de un extenso estudio sobre la prensa literaria española. Periodista, pues, sobre todas las cosas, también es un dinámico e imaginativo gestor cultural.

Fue director del Círculo de Bellas Artes de Madrid, que él convirtió en centro cultural de referencia; director del Cervantes, que conoció con él una expansión sin precedentes y como Ministro de Cultura su actuación fue impecable, aunque le perjudicó no tener más glamur, como quería Zapatero, y estar más interesado en la

cultura que en las intrigas políticas. De esta experiencia nació *La caza de los intelectuales* (2014), sobre la relación entre los pensadores y el poder. En la actualidad es director de la Casa del Lector, en el madrileño Matadero. Molina es además un reconocido poeta en castellano y en gallego.

Tiene mucho de memorias o de diario, pero su sensibilidad y su visión de la realidad es la de un poeta

Todo se arregla caminando es el sexto volumen de sus *Memorias de ficción*. El machadiano título nace de una expresión que solía repetir su abuelo y de su pasión por caminar, que estimula la mirada y el pensamiento. El libro escapa a toda definición de género. Tiene mucho de memorias o de diario. Pero su sensibili-

dad y su visión de la realidad es la de un poeta. Como ensayista, su formación cultural es abrumadora. Se interroga constantemente sobre el significado de las cosas, porque en realidad, lo más desconocido no está en el exterior, sino siempre en el interior de uno mismo, algo que está relacionado con su convicción de que la única forma de iluminar la vida es a través del conocimiento.

Es un libro personal, no sólo por su interpretación de lo que ve, sino por la presencia de su hija Laura, a la que está dedicado el libro, de su mujer, la crítica literaria Mercedes Monmany, y, sobre todo, por las frecuentes referencias a su carácter. No las hay a su obra y sólo una vez le vemos entonando versos suyos. Si Zapatero le reprochó su austeridad, él nos dice que "siento una especial emoción por los huertos y sus productos, tan sencillos y humildes pero tan interesantes y perfectos". Es esencialmente melancólico, lo que explica en parte su atracción, me atrevo a decir que romántica, por las ruinas, y si siempre se sintió infatigable, "cada vez me canso más, y lo peor es que cada vez estoy más cansado de mí mismo".

Son constantes las consideraciones al paso del tiempo: "La locura de la vejez, decía Cicerón. Y yo la veo venir". Y esto puede explicar la frecuente presencia de muchachas, que son como apariciones fulgurantes que nos remiten además a la belleza y a la espiritualidad que recorre todo el libro en lo que es, si, un verdadero recordatorio, un incesante caminar visitando museos, iglesias, casas de escritores o ruinas arqueológicas: "Sólo tras agotadores viajes por el mundo entero conseguimos satisfacer nuestro deseo, cuando ya los años y la vida se nos van apagando".

La intensidad emocional acompaña a su identificación con los grandes creadores, en busca de la espiritualidad del arte. Especialmente memorables son las páginas dedicadas a Robert Walser, Nabokov, Wilhelm Jensen o Czesław Miłosz, a Morandi o al cine polaco. Molina vive con intensidad la grandeza y la transmite en un libro lleno de estímulos. |

César Antonio Molina

Todo se arregla caminando

DESTINO. 538 PÁGINAS. 22,50 EUROS

press reader

Printed and distributed by PressReader
PressReader.com - +1 844 278 4484
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW